

Cuerpo enfermo y erotismo en Vivir con virus (2004) de Marta Dillon

POE LANG, Karen

Eje temático 4: Anátomo-políticas y prácticas médicas:
cuerpos enfermos y anomalías

Palabras clave: cuerpo enfermo, prácticas médicas, erotismo, narrativas del sida, literatura argentina.

Resumen

Publicado en Buenos Aires, el libro *Vivir con virus. Relatos de la vida cotidiana* (2004)¹ de Marta Dillon es una recopilación de crónicas aparecidas en el suplemento *No* del diario *Página/12* durante varios años (1995-2003). Los textos están escritos en primera persona del singular y son un testimonio desgarrado y vital de la soledad de una mujer infectada con VIH.

El interés de esta ponencia es estudiar la problemática del cuerpo enfermo y los desplazamientos vitales ocurridos en las narrativas del sida, a partir del advenimiento de las triterapias, es decir, la combinación de tres fármacos (AZT, DDI e inhibidores de proteasa) capaces de reducir la presencia del virus en la sangre del paciente. Aunque el así llamado cóctel no es una cura, su uso regular permite mejorar y alargar la vida del enfermo a tal punto que le ha cambiado su rostro al síndrome: el sida ha dejado de ser una sentencia de muerte y es ahora un padecimiento crónico. Eso sí, para quienes pueden pagar el alto costo de los medicamentos.

Este hecho, proveniente del campo de la investigación en farmacología, produce ciertos cambios importantes en las escrituras del sida, que ahora enfrentan otros problemas, como por ejemplo la búsqueda del erotismo y el amor en una sociedad que rechaza y teme profundamente el cuerpo infectado de VIH.

En esta ponencia se analizan las estrategias de resistencia ante una sociedad que estigmatiza a los portadores de VIH, resistencia ejercida desde un cuerpo enfermo pero vivo, que se niega a abandonar el placer, el erotismo e incluso el amor.

Presentación

En Hispanoamérica existe una profusa obra narrativa que trata el tema de la vivencia del sida. Escrita sobre todo en la modalidad autobiográfica, se trata de un corpus en el cual abundan los testimonios, los diarios íntimos y las autobiografías de personas que escriben al borde de la muerte,

¹ Existe una segunda y reciente edición del libro (abril de 2016) a cargo de la Editorial de la Universidad de La Plata. Este hecho da cuenta de la importancia del texto que se agotó rápidamente en su primera edición.

en el lapso cedido por la implacable enfermedad.² A pesar de que el sida sigue cobrando anualmente miles de vidas, tras un periodo de efervescencia discursiva, hoy en día se habla y escribe poco sobre este síndrome.

En la actualidad la percepción y la vivencia de la enfermedad han evolucionado; de ser una enfermedad mortal ha pasado a ser un mal que se puede controlar con ayuda de ciertos fármacos, es decir, el sida se ha convertido en una enfermedad crónica. Según Alberto Giordano (2005: 42) es posible separar dos momentos en la historia de las narraciones sobre el sida, cuyo parte aguas sería el descubrimiento, en 1996, del cóctel de medicamentos que reduce la presencia del virus en la sangre y recompone las defensas inmunológicas de los infectados. Según este autor, la diferencia fundamental se da en la forma de representar los alcances del síndrome: en el primer caso como una enfermedad mortal, cuyos enfermos están condenados a muerte; en el segundo, como un padecimiento que podría volverse crónico, en el cual si bien los enfermos deben someterse a un cuidado continuo de sí mismos, la muerte no implica una fecha precisa.

Aunque como indica Alicia Vaggione: “Los resultados farmacológicos promisorios que se comunican en el Congreso Internacional sobre sida realizado en la ciudad de Vancouver en el año 1996 marcan un punto de inflexión en la historia de la enfermedad” (2014: 209), el alto precio de las medicinas hace que en los países donde la epidemia cobra la mayor cantidad de vidas humanas, los enfermos no tengan la posibilidad de comprarlas. El sida hoy en día es una enfermedad de los pobres, una enfermedad de esos otros que preferimos no ver, no sentir, no escuchar. Como afirma la periodista argentina Marta Dillon: “Todavía el silencio es una constante para quienes viven con vih, como son constantes y progresivas las nuevas infecciones. Claro que cada vez los que se infectan son más pobres, más marginales; y en ese grupo cada vez son más las mujeres” (2004: 13).

A pesar de que las crónicas están escritas en primera persona, el libro también recoge las experiencias de otras personas infectadas que se comunicaron con Dillon a través de cartas o correos electrónicos. Como plantea la autora en el prólogo:

De ese ida y vuelta surgieron muchas historias que están en estas páginas, que me dieron el ejemplo y también me llenaron de impotencia; por todo lo que se pudo evitar. Por los abismos que se abren entre quienes pueden decir lo que les pasa y quienes no. Entre quienes comemos todos los días y quienes apenas lo consiguen. Entre quienes podemos trabajar a pesar de lo que digan nuestros análisis clínicos y quienes encuentran ahí una barrera que los deja al margen. El viaje interior que significaba *Convivir con virus*, entonces, se abrió a otros rumbos, otras voces, otros escenarios. Las columnas hablaban de mí y de quienes como yo vivían con vih y de quienes no, porque en definitiva estamos todos obligados a convivir y los encuentros se producen sin pedirle permiso al virus. (Dillon, 2004: 12)

Además cabe resaltar que es en esta etapa posterior al cóctel, a inicios del siglo XXI, cuando emergen en Hispanoamérica las escrituras seropositivas de autoría femenina para desmarcar el sida del campo de las relaciones entre hombres e introducir la enfermedad en el seno de las parejas heterosexuales. Como ejemplo nada exhaustivo se pueden citar las novelas *La promesante* (2001)

² Este corpus literario, que trata el tema del sida desde la poesía, la crónica, la narrativa (cuento, novela, cine), ha llamado la atención de la crítica. Además de una gran cantidad de estudios específicos sobre un autor o un texto en particular cabe destacar dos ensayos enteramente dedicados a esta temática en la literatura de la región: Meruane, L. (2012). *Viajes virales. La crisis del contagio global en la escritura del sida* Santiago, Fondo de Cultura Económica y Vaggione, A. (2014). *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.

de la escritora nicaragüense Rosario Aguilar y *Las provincias del alma* (2003) de la periodista mexicana Lydia Cacho. Como propone Mirta Suquet:

[...] la narrativa femenina sobre el sida se centra, sobre todo, en llenar un vacío –el del cuerpo femenino con sida, identificado como una imagen demasiado problemática para tener carta cabal de representación en el espacio cultural- y en gestionar la representación de sí mismas en tanto mujeres, en la medida en que con ello se pone en juego la administración de la memoria individual y colectiva, y la producción de subjetividades. (2016: 277)

En este ensayo se aborda el libro de Marta Dillon como un texto fundamental para dar voz a esos cuerpos femeninos silenciados y para plantear el problema vital que surge de la relación entre cuerpo enfermo y erotismo. Dillon utiliza metáforas del corazón y del funcionamiento del sistema circulatorio (pulso, palpitación) como estrategias de resistencia ante la enfermedad y la muerte. Como dice la protagonista: “Estoy obligada a encontrarme también en el despojo. Es en el silencio cuando mejor escucho mi latido. [...] Ese pulso es la única constante de ese ir y venir: estoy viva. Y no tengo otra fidelidad”. (Dillon, 2004: 28)

Enfermedad y vida cotidiana

Dillon hace un relato pormenorizado de su vida cotidiana ligada a la enfermedad, en el cual la problemática de la escritura ocupa un lugar central. La narradora comenta que comenzó a escribir la columna “mientras trabajaba como una obrera sobre su cuerpo para resistir lo inexorable” (2004: 10). La escritura inscribe la vida cotidiana en el discurso literario al poner en escena los rituales, los pensamientos, la dieta, los medicamentos, las terapias alternativas, los encuentros con los profesionales de la salud. De este modo los más mínimos detalles de la vida entran en el espacio literario como una forma de resistencia. La escritura resiste la enfermedad.

La narradora insiste en la importancia de cuidarse a sí misma (aunque no siempre lo logre), de tal modo que el cuerpo se transforma en un libro cuyos signos hay que interpretar diariamente.

Vivir con vih me exige un constante viaje interior que no es solo por el alma. Pero que igual me obliga a la conciencia. Un viaje que tengo que hacer sola porque ni siquiera mi médico puede ayudarme si yo no distingo cuales de esas molestias cotidianas pueden ser síntomas de algo más. Esta evaluación es un trabajo que nadie puede hacer por mí. Me deja sola analizando cada secreción, cada secreto mensaje de mi cuerpo. (Dillon, 2004: 52)

El sida ha hundido a la narradora en un proceso de normalización radical de su vida en el cual ella misma se constituye en agente del orden, ella es la guardiana de su propio cuerpo. Si en un principio Dillon se niega a tomar AZT (debido a las opiniones encontradas sobre sus beneficios) cuando aparece el cóctel, decide someterse a la dinámica que este les impone a los seropositivos. La narradora describe el proceso de aceptación del fármaco como una renuncia: “Era someterse a un rito diario que me recordaba permanentemente que había renunciado, que me estaba sometiendo a las agresiones de la medicina que sólo entiende el cuerpo como un campo de batalla”. (Dillon, 2004: 89)

Este lenguaje militar asumido por el discurso médico ha sido analizado por Susan Sontag (1996: 98) para quien: “Las metáforas militares contribuyen a estigmatizar ciertas enfermedades y, por ende, a quienes están enfermos”. En las crónicas de Dillon hay una voluntad explícita de denunciar y resistir la agresividad de los tratamientos médicos y una posición constante de desafío a la culpabilización del enfermo.

En la tarea diaria de vigilar su cuerpo, la narradora de *Vivir con virus* también debe lidiar con la imposición social de cánones de belleza femenina que la hacen padecer una sensación de fealdad como efecto secundario del tratamiento. Cuando se mira en el espejo, no logra reconocerse por su vientre abultado: “Los médicos la llaman lipodistrofia, una acumulación deforme de las grasas sobre el abdomen y los pechos, en el caso de la mujeres, que ocasiona el bendito cóctel que controla la reproducción del virus en mi cuerpo” (Dillon, 2004: 136).

La vida cotidiana del portador de VIH es tan compleja que: “Los médicos recomiendan llevar un diario de medicación para no perder tomas porque la continuidad es fundamental para el éxito de los tratamientos combinados. Un tratamiento irregular puede ser un tratamiento nulo” (Dillon, 2004: 56). La narradora es sobrepasada por la dinámica casi militar que imponen los medicamentos sobre su vida cotidiana y sus horas de reposo.

Ahora mismo, antes de sentarme a escribir, me acuerdo de que me olvidé de tomar las pastillas. (...) hago un mate, sin querer como una medialuna. Error. Todavía no me tomé las pastillas y necesito una hora de ayuno antes y después de tomarlas.

Decido tomarme las otras, las que sí van con la comida (el AZT y el 3TC). Ya tengo un lío. El Indinavir –las primeras pastillas en las que pensé- tengo que tomarlo tres veces por día, cada ocho horas. Son las once. Eso quiere decir que puedo tomarlo a las doce para cumplir con el ayuno. La próxima toma tendría que ser a las ocho de la noche. Y la siguiente a las cuatro de la mañana. Por lo menos a la madrugada no tengo problemas con el ayuno. (Dillon, 2004: 44)

Dillon es periodista y tiene cierta libertad en los horarios de su trabajo, aún así siente que “Las pastillas me están tomando a mí” (Dillon, 2004: 46). A diferencia de otros textos centrados en la experiencia individual de la enfermedad, la narradora de *Vivir con virus* se preocupa constantemente por aquellas personas que tienen un horario laboral que no les permite someterse a esta tiranía de los medicamentos. En su discurso hay una preocupación permanente por los “otros” que no tienen ni siquiera acceso a las medicinas. En una conversación con uno de sus médicos, el Dr. Losso le comenta que: “la desidia de las causas, las licitaciones mal hechas, la pasividad del Ministerio. ¿Y qué pasa con la gente?, le pregunto algo incrédula. Él, habituado a disimular su impotencia, me contesta: Si no tienen obra social se mueren” (Dillon, 2004: 39).

El formato crónica le permite a la narradora hacer una denuncia permanente de la situación precaria de los pacientes con sida en su país, a pesar de que ya existen medicamentos que podrían mejorar ostensiblemente sus vidas. Desde sus crónicas, Dillon le presta su voz a quienes no tienen posibilidades de decir lo que padecen. A partir de su propia experiencia (que es la de alguien que goza de ciertos privilegios) la narradora pone al descubierto la falta de planificación del gobierno que, a pesar de haber aprobado la entrega de inhibidores de proteasa para todo el mundo, por la ineficiencia del Ministerio de Salud, estos medicamentos escasean o no se consiguen del todo.

Queda muy bien en los papeles, pero el presupuesto de este año fue menor en cinco millones de pesos al del año pasado. En Lima 340, donde se retiran las drogas, lo que sucede nos ofende a todos. La gente hace cola, espera su medicación, recibe negativas, tiene que volver otro día. Y al otro y al otro. Asomarse al final de un frasco de medicación es como caer en un ojo oceánico (Dillon, 2004: 55).

En las crónicas de Marta Dillon hay un espíritu de lucha permanente y la escritura es el espacio privilegiado para denunciar las injusticias y apalabrar el erotismo. Al final del libro, Dillon encuentra el amor y el erotismo en la inestabilidad creadora de sus frases.

El corazón, el latido, la vida

Para resistir la medicalización extrema de la vida cotidiana, el texto utiliza metáforas relacionadas con el corazón de manera tal que se abren pequeños espacios que constituyen una especie de tregua. “Siento vértigo. Tengo que aprender de nuevo lo que es el amor, la vida, la muerte. Palabras demasiado grandes para el lento pasar de los días. Unas pocas letras para dibujar el sol que se enciende en mi corazón cada vez que despierto a mi hija para ir al colegio”. (Dillon, 2004: 17)

En *Vivir con virus* se presenta una oposición radical entre dos polos: el primero negativo que se refiere a la enfermedad, la discriminación y la muerte; el segundo positivo centrado en el amor, la amistad, el arte y la vida y que recurre constantemente a metáforas relacionadas con el corazón, la sangre y el pulso.

Dillon es hija de una madre desaparecida por la dictadura argentina, por lo que, al igual que en el libro *Loco afán. Crónicas del sidario* (1998) del escritor chileno Pedro Lemebel,³ la autora establece una asociación entre el sida y la dictadura.

Se acerca el aniversario del golpe. Y golpea con furia sobre la casa que convertí en mi refugio. [...] Hace unos años, para esta misma época, me enteré de que tenía vih. Lo primero que vino a mi mente fue mi mamá y la confirmación de que la historia podía repetirse. Ella desapareció en 1976, yo tenía 10 años. Durante mucho, mucho tiempo no pude hablar de eso. Es cierto que era nada más que una nena. Pero aprendí la culpa. (Dillon, 2004: 57)

Su madre y su hija son una presencia muy importante en el libro y en varias ocasiones estos dos pilares afectivos aparecen ligados en su vida cotidiana: “Hoy tengo una sola deuda con la vida: ir a buscar a mi hija y juntas prender una antorcha en Plaza de Mayo contra el olvido y la impunidad. Un fuego como el que encendió mi mamá en mi corazón” (Dillon, 2004: 59). El corazón es entonces la sede de un fuego encendido por la madre muerta, un fuego que simboliza la resistencia contra el olvido y la impunidad.

Es significativa la forma como Dillon recurre nuevamente al corazón, en este caso ya no como metáfora sino como un órgano vital, para narrar su participación en una marcha organizada por las madres de Plaza de Mayo.

En la calle el calor agobia, y sobre la Avenida de Mayo miles de fotos de desaparecidos acompañan a las Madres en una nueva Marcha de la Resistencia. Una de esas fotos es la de mi mamá. A ella la arrancaron de su sueño de transformar el mundo en un chupadero de la provincia de Buenos Aires. La violencia galopó en mi corazón durante las últimas cuerdas. (Dillon, 2004: 23)

El corazón como sede de la violencia galopante introduce la corporalidad en el relato. Una corporalidad enferma que a veces desfallece y se sume en la desesperanza. Entonces las metáforas del pulso, el latido y la sangre que recorre el cuerpo vienen en su auxilio: “[...] cuando me siento sin salida, lleno la bañera de agua tibia, me sumerjo hasta las orejas y escucho mi respiración, constante, pareja, relajada. Escucho mi pulso y dejo que su ritmo me lleve lentamente hacia la luz” (Dillon, 2004: 81).

³ Para un estudio de la relación entre sida y dictadura en esta obra de Pedro Lemebel ver: Ostrov (2011) y Poe (2016).

Este pulso vital que se opone a la muerte aparece también en la descripción que hace la narradora del trabajo artístico de su amigo Feliciano, enfermo de sida.

El alimento, el llanto, el pulso de la sangre. Un grito. No hay cómo defenderse de estos pedidos urgentes de la vida que Feliciano imprimió sobre superficies en las que encontramos abrigo. Sus obras son cerbatanas que disparan semillas a mi corazón. Mi corazón de tierra fértil. Estos pequeños actos expuestos son los que le dan nitidez a mi vida. (Dillon, 2004: 23)

La obra de arte es vista como una semilla que germina en la tierra fértil del corazón. El pulso de la sangre es asociado con el alimento en un gesto significativo pues no hay que olvidar que el virus del VIH viaja precisamente en la sangre que es uno de los vehículos privilegiados de su propagación. En este sentido Dillon escribe a contracorriente de los textos seropositivos de autoría femenina en los que según Suquet (2016: 81): “La sangre deja de ser un signo visible del sexo inmaculado para convertirse en premonición de la corruptibilidad del cuerpo [...]”.

Contra el cansancio y la muerte, la narradora propone no solamente el corazón sino también su funcionamiento como el órgano y el proceso privilegiados para metaforizar la esperanza y la vida: “Porque la única cuenta que puede pasarnos la vida es la de haber transcurrido sordos a su latido”. (Dillon, 2004: 24)

Amor y erotismo

A diferencia de las narrativas del sida anteriores al cóctel en las cuales se escenificaba la lucha contra la enfermedad, para la narradora de *Vivir con virus* uno de los principales problemas existenciales es el miedo de que un posible compañero sentimental la rechace por temor al contagio. Dillon siente en carne propia cómo se desvanece la distancia que distingue a su persona del virus. “¿Me duele confundirme con el virus porque ya no sé cuándo es por mí y cuándo porque tengo sida?” (Dillon, 2004: 69). El miedo de sus compañeros sexuales queda reflejado en varios pasajes de la novela en los cuales la comunicación se quiebra a causa de la desinformación y lo no dicho. Esto provoca que la intimidad se torne muy difícil.

¿Te doy miedo? Vos te perdés y a mí me duele. ¿Qué es lo que me duele más? ¿Qué no te animés a hacer el amor conmigo? ¿Qué no puedas ni siquiera decirlo y entonces te vayas, dejes escurrir eso que era nuestro y que no era nada pero daba como un remanso, algo parecido a la alegría, a esas castañuelas que me golpeaban el pecho cada vez que sabía algo de vos? [...] Y tal vez vos no estés, pero somos muchos los que rumiamos este dolor, de nunca animarse a nada, porque la información es tan densa que parece una varita mágica que te transforma en un sapo un instante después de haber conquistado tus ojos. Vos no tenés la culpa, ya sé.

¿De esto se trata la discriminación? ¿De no tener la oportunidad de llegar a tu lado? ¿De no poder olvidarme que te da miedo entrar en mí?. (Dillon, 2004: 69-70)

A pesar de la confusión existente en la opinión pública respecto de los riesgos de hacer el amor con un portador de VIH, Dillon, quien está muy bien informada sobre el tema, sabe que si se usa preservativo no hay contaminación. Por esta razón su batalla por conseguir el amor es más difícil ya que no debe luchar contra argumentos racionales sino contra fantasmas.

Para sortear este problema, Dillon elige un estilo en el cual, en lugar de afirmaciones, hace interrogaciones que lanza al lector como dardos. Lo anterior se puede observar en el siguiente párrafo, construido en su totalidad a partir de preguntas que la narradora dirige a un amante insensible, quien no parece escuchar lo que ocurre en su propio cuerpo ni en el de su pareja.

¿Alguna vez escuchaste tu latido? ¿Sentiste la fragilidad de ese ritmo, la constancia de la sangre? [...] ¿Alguna vez escuchaste el latido de tu amante, el galope del amor, la cadencia después, su secreta violencia? ¿Alguna vez notaste que alrededor todos respiran y cada uno mantiene su ritmo y no se confunden por más que uno esté agitado y el otro dormido? Cada cual tiene su pulso, su intervalo, cada cual asiste a su silencio y a su sonido, cada uno tiene un nombre como un código Morse. Una sucesión de golpes iguales que se repiten en el tiempo con levisimos cambios, ni siquiera perceptibles para vos que sos el nombre y el latido. (Dillon, 2004: 68)

La escritura vuelve nuevamente sobre el latido, la fragilidad del ritmo y la constancia de la sangre para hablar de (des)amor y erotismo. Las preguntas establecen una relación íntima entre dos cuerpos que se escuchan, o no, hasta en sus ínfimos detalles. La oración de cierre nos sumerge en la repetición, “una sucesión de golpes iguales que se repiten” que asocia el golpe de Estado con los golpes del amor y el sexo para representar la devastadora soledad que arremete contra la narradora. Oración en la cual su amante es, él mismo, latido. Habría aquí una despersonificación, en la que su compañero deja de ser una persona para devenir nombre y latido. Latido sordo aunque, al fin y al cabo, vida. Vida que se opone, integrándola, a la lógica de la repetición del golpe, de los golpes.

Para finalizar habría que destacar una diferencia del lenguaje de *Vivir con virus* que apunta al erotismo y los sentimientos, con respecto del estilo abiertamente sexualizado de otros textos argentinos contemporáneos, como por ejemplo los mencionados anteriormente *Un año sin amor* y *La ansiedad*. Dillon no separa nunca los sentimientos de la experiencia erótica.

Yo me animo a sentir. Me animo a decir “te quiero”. Me animo a sentir el corazón latiendo en los genitales, donde se lo puede acariciar. Lamer, amar. No estamos todos afiliados al club del terror y por eso las utopías son posibles. (Dillon, 2004: 52)

Nuevamente aparece el corazón, ahora latiendo en los genitales, transformado en un objeto que se puede acariciar, lamer, amar. El corazón es el arma contra el terror y el que posibilita las utopías. Dillon, siempre atenta a los latidos, a los ritmos y a la sangre, inventa nuevas formas de intimidad para conjurar la muerte que repta agazapada en cada encuentro.

Bibliografía

Aguilar, R. (2001). *La promesante*. París, Indigo & Coté-femmes.

Cacho, L. (2003). *Las provincias del alma*. México, Demac.

Dillon, M. (2004). *Vivir con virus. Relatos de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Norma.

Giordano, A. (2005). La consigna de los solitarios. Escritura y sobrevivencia en *Un año sin amor*. *Diario del SIDA* de Pablo Pérez. En *Iberoamericana*, v. 19, pp. 41-49.

Lemebel, P. (2013). *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago, Seix Barral.

Link, D. (2004). *La ansiedad. Novela trash*. Buenos Aires, El cuenco de plata.

Meruane, L. (2012). *Viajes virales. La crisis del contagio global en la escritura del sida*. Santiago, Fondo de Cultura Económica.

- Ostrov, A. (2011). Cuerpo, enfermedad y ciudadanía en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel. En *Confluente*, No. 2, pp. 145-157.
- Pérez, P. (1998). *Un año sin amor. Diario del sida*, Buenos Aires, Perfil. (Prólogo de Roberto Jacoby).
- Poe, K. (2016). Intermedialidad y estética neobarroca en *Loco afán. Crónicas de sidario* de Pedro Lemebel. En *Textos Híbridos*, No. 5, pp. 109-128.
- Sontag, S. (1996). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Madrid, Taurus.
- Suquet, M. (2016). Memoria y resistencia. La escritura femenina del VIH/SIDA en la literatura hispanoamericana. En Calderón, A, Kumor, K y Moszcynska-Dürst, K (eds), *¿La voz dormida? Memoria y género en las literaturas hispánicas*, pp. 271-299, Varsovia, Instituto de Estudios Avanzados Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia.
- Vaggione, A. (2014). *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.